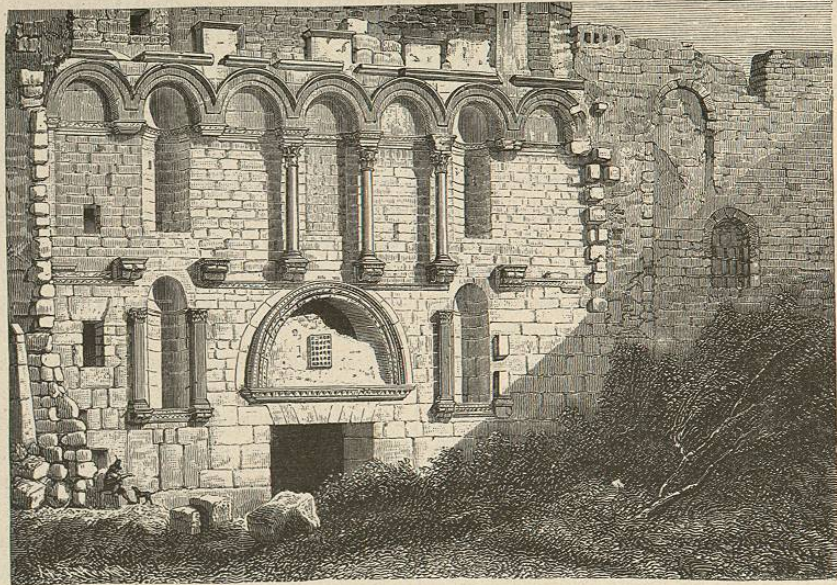


fogoso y joven Constantino, que ardía en deseos de gobernar, le proclamó en un arranque súbito de entusiasmo César del Occidente, golpe quizás preparado por el difunto Constancio Cloro, que había hecho votos por que así sucediera. El emperador Galerio, por prudencia, sino por gusto, se conformó y reconoció a Constantino como segundo César del Occidente, y este se dedicó con decisión y gran energía a cumplir los deberes de su nuevo cargo.

El ejemplo, sin embargo, cundió, y a los pocos meses fue imitado en Italia por el yerno de Galerio, hijo del co-emperador dimisionario Maximiano y de Eutropia su esposa, que era natural de Siria. Este nuevo pretendiente se llamaba Maxencio, contaba unos veinte años de edad y había vivido desde la abdicación de su padre en una quinta cerca de Roma, junto a la vía Labicana. Maxencio aprovechó el des-



Palacio de Diocleciano en Salona

contento de la antigua guardia pretoriana, que se veía postergada, y el disgusto de la población de Roma, privada de la corte y obligada a pagar contribución como todos los demás súbditos del imperio por una disposición reciente de Galerio, para hacerse proclamar emperador por la guardia y el pueblo en 27 de octubre del año 306, bien que al principio solo se tituló César, según parece, lisonjeándose de que por consideración a su padre, los demás gobernantes supremos le reconocerían. Pero no era tal la intención de Galerio, su suegro, el cual ordenó a su co-emperador Severo que desde su capital, Milán, marchara contra el joven pretendiente. Cuando Severo llegó con su ejército cerca de Roma, las legiones se negaron a combatir contra el hijo de su antiguo general Maximiano, que no había escaseado tampoco el dinero y hasta había comprado al jefe de la legión de la guar-

dia del co-emperador Severo, llamado Anulino, el cual se pasó con los suyos al partido contrario. En esta situación no tuvo Severo más remedio que huir y encerrarse en la plaza de Rávena, a donde le siguió y cercó Maxencio, apoyado por su padre Maximiano, el cual había abandonado su retiro y excitado por los suyos se había proclamado otra vez co-emperador, alojándose en el palacio imperial de Roma. Viéndose Severo perdido, rindióse a principios del año 307 al viejo Maximiano, que un año y meses antes le había nombrado César. Fue conducido preso a Trestabernas, junto a la Vía Apia, donde al parecer Maxencio quiso conservarle en rehenes interin conviniese negociar con Galerio.

La situación no tardó en embrollarse mucho más: primero nacieron graves conflictos entre padre e hijo, es decir, entre el viejo Maximiano, que como rudo militar quería gobernar en absoluto, y Maxencio, joven perverso y estragado por los vicios, indigno de gobernar, según opinión de sus contemporáneos. Los soldados, poco aficionados a volver bajo la dura disciplina del viejo Maximiano, tomaron el partido del hijo, y Maximiano salió disgustadísimo de Roma y se dirigió a la Galia, al lado de Constantino, al cual encontró, probablemente en el mes de abril del año 307, luchando cerca del Rin contra francos y alamanos. Para atraer a sus planes a este bizarro joven concedióle los honores del consulado, nombróle co-emperador suyo y ofrecióle por esposa a su hija Fausta, cuya madre era Eutropia. Todo lo aceptó el astuto hijo de Constancio Cloro, y para efectuar el enlace con

Fausta divorcióse de su esposa Minervina, que le había dado ya un hijo llamado Crispo; pero no quiso mezclarse en un conflicto ni con Maxencio ni con Galerio, no porque no tuviese la ambición de quedarse emperador único sino porque probablemente no se creyó bastante fuerte, ó porque las circunstancias y condiciones en que debía entonces conseguirlo, es decir, en compañía de su nuevo suegro Maximiano, no debieron convenirle.

Entretanto marcharon los sucesos adelante. El emperador Galerio no quiso abandonar a su amigo Severo, cautivo de Maxencio, y en el verano del año 307 se presentó en Italia con un fuerte ejército reunido en Iliria, y marchó sobre Roma. Al verse amenazado por su suegro, Maxencio se embarazó del co-emperador legítimo, su prisionero, haciéndole estrangular. El cadáver fue depositado en el sepulcro de Galieno, distante nueve millas de Roma. Galerio no pudo castigar este nuevo crimen del usurpador, porque en Terni le sucedió lo mismo que a Severo: una parte de su ejército no quiso combatir contra el hijo de Maximiano, y el emperador tuvo que evacuar la Italia a toda prisa mientras era tiempo. Entonces acudió a Diocleciano para que interpusiera su autoridad y ayudara con su consejo para restablecer el orden en el imperio. Consultado el asunto con Maximiano, reuniéronse los dos antiguos emperadores en Carnunto en el mes de noviembre del mismo año. Diocleciano rechazó resueltamente la proposición de volverse a encargar del gobierno supremo, y por tanto nombraron los tres el

mucho que había sufrido la Italia con las luchas civiles desde la usurpación de Maxencio. Galerio, a pesar de su buena voluntad, tampoco tenía ni la discreción ni el vigor de Diocleciano para llenar bien su misión de emperador supremo, y lo peor fue que en los territorios de su mando y de Maximiano empezó de nuevo la persecución contra los cristianos. Estos se vieron sujetos a penas capitales horrosas, siendo una de las principales la muerte por el fuego, con todos los tormentos que las imaginaciones más patibularias de los jueces y verdugos se recrearon en añadir para hacer el suplicio más atroz. En el año 308 introdujose además la práctica infame de mutilar a las víctimas que no eran sentenciadas a muerte, de suerte que los paganos pensadores y humanos se llenaron de indignación y horror. Grande fue el número de los cristianos que renegaron, pero otros, y no pocos, se mantuvieron firmes, y muchos con feroz fanatismo provocaron a sus adversarios, incendiando algún templo pagano ó de otra manera, para padecer el martirio. En el Occidente habían cesado completamente las persecuciones, y hasta Maxencio en Italia, no obstante su índole perversa, brutal a veces hasta la ferocidad, se abstuvo, acaso por oposición a Galerio, de toda persecución de cristianos.

Entre tanto iban surgiendo nuevas complicaciones políticas interiores. Maximino Daya, hombre apasionado por los placeres, pero ambicioso, ladino é inteligente, se arrogó en el año 308, confiando en el apoyo de su ejército, el título de *augusto*, que solo correspondía a los emperadores, y Galerio mal de su grado tuvo que conformarse y extender, para ser justo, el mismo privilegio a Constantino. Este último por su parte tuvo también conflictos de otro orden con su suegro, el emperador dimisionario Maximiano, que desde Carnunto había pasado a Rávena y desde allí a la Galia, donde no pudiendo acostumbrarse a su posición de emperador retirado, aprovechó el tiempo, mientras su yerno Constantino peleaba a orillas del Rin con los francos, para apoderarse en el año 309 de cuantos fondos públicos pudo haber a las manos y sobornar con regalos y promesas a una parte del ejército, con la cual



Elena

se estableció en Arles. Al saberlo Constantino, acudió a toda prisa y embarcándose con sus fuerzas dirigióse por el Saona y el Ródano a la residencia de su suegro. A su aproximación, abandonó Maximiano esta ciudad y encerróse en Marsella, donde tuvo que entregarse al fin porque sus soldados arrependidos y temiendo el castigo depusieron las armas. Ellos y el ex-emperador fueron perdonados; pero al año siguiente Maximiano renovó sus intrigas, y su propia hija Fausta avisó de ellas a su esposo, el cual esta vez no perdonó, y solo dejó a su suegro la elección de la clase de muerte. El viejo turbulento se decidió por la estrangulación y así murió. El sepulcro, con su bien conservado cadáver encerrado en un ataúd de plomo, fue descubierto a principios del citado mes un nuevo co-emperador para el Occidente en lugar del difunto Severo. El agraciado fue Cayo Flavio Valerio Liciniano Licinio, natural de Dacia, que de origen plebeyo había llegado por sus méritos a general y era uno de los mejores de su tiempo. Había hecho su carrera todavía en tiempo de Probo y había sido durante largo tiempo compañero de armas del mismo Galerio. Por lo pronto se le encargó el gobierno de la Panonia y de las provincias alpinas; para Constantino y Maximino se creó un título nuevo, el de *hijo de los emperadores*; el viejo Maximiano tuvo que deponer otra vez la púrpura imperial y contentarse con el consulado del año siguiente. De Maxencio se prescindió completamente, reservando su castigo para más adelante.

De hecho é interinamente quedó pues restablecida la paz en el interior, y también hubo paz en las fronteras; pero exceptuando los dominios gobernados por Constantino, que se extendían desde los Alpes a la frontera de Escocia, no reinó gran felicidad en el imperio, porque tenía que mantener, en lugar de una, varias cortes, y un numerosísimo personal administrativo, según el nuevo sistema, sin contar lo

mucho que había sufrido la Italia con las luchas civiles desde la usurpación de Maxencio. Galerio, a pesar de su buena voluntad, tampoco tenía ni la discreción ni el vigor de Diocleciano para llenar bien su misión de emperador supremo, y lo peor fue que en los territorios de su mando y de Maximiano empezó de nuevo la persecución contra los cristianos. Estos se vieron sujetos a penas capitales horrosas, siendo una de las principales la muerte por el fuego, con todos los tormentos que las imaginaciones más patibularias de los jueces y verdugos se recrearon en añadir para hacer el suplicio más atroz. En el año 308 introdujose además la práctica infame de mutilar a las víctimas que no eran sentenciadas a muerte, de suerte que los paganos pensadores y humanos se llenaron de indignación y horror. Grande fue el número de los cristianos que renegaron, pero otros, y no pocos, se mantuvieron firmes, y muchos con feroz fanatismo provocaron a sus adversarios, incendiando algún templo pagano ó de otra manera, para padecer el martirio. En el Occidente habían cesado completamente las persecuciones, y hasta Maxencio en Italia, no obstante su índole perversa, brutal a veces hasta la ferocidad, se abstuvo, acaso por oposición a Galerio, de toda persecución de cristianos.



Constancio Cloro (Museo del Vaticano)

Entre tanto iban surgiendo nuevas complicaciones políticas interiores. Maximino Daya, hombre apasionado por los placeres, pero ambicioso, ladino é inteligente, se arrogó en el año 308, confiando en el apoyo de su ejército, el título de *augusto*, que solo correspondía a los emperadores, y Galerio mal de su grado tuvo que conformarse y extender, para ser justo, el mismo privilegio a Constantino. Este último por su parte tuvo también conflictos de otro orden con su suegro, el emperador dimisionario Maximiano, que desde Carnunto había pasado a Rávena y desde allí a la Galia, donde no pudiendo acostumbrarse a su posición de emperador retirado, aprovechó el tiempo, mientras su yerno Constantino peleaba a orillas del Rin con los francos, para apoderarse en el año 309 de cuantos fondos públicos pudo haber a las manos y sobornar con regalos y promesas a una parte del ejército, con la cual

se estableció en Arles. Al saberlo Constantino, acudió a toda prisa y embarcándose con sus fuerzas dirigióse por el Saona y el Ródano a la residencia de su suegro. A su aproximación, abandonó Maximiano esta ciudad y encerróse en Marsella, donde tuvo que entregarse al fin porque sus soldados arrependidos y temiendo el castigo depusieron las armas. Ellos y el ex-emperador fueron perdonados; pero al año siguiente Maximiano renovó sus intrigas, y su propia hija Fausta avisó de ellas a su esposo, el cual esta vez no perdonó, y solo dejó a su suegro la elección de la clase de muerte. El viejo turbulento se decidió por la estrangulación y así murió. El sepulcro, con su bien conservado cadáver encerrado en un ataúd de plomo, fue descubierto a principios del citado mes un nuevo co-emperador para el Occidente en lugar del difunto Severo. El agraciado fue Cayo Flavio Valerio Liciniano Licinio, natural de Dacia, que de origen plebeyo había llegado por sus méritos a general y era uno de los mejores de su tiempo. Había hecho su carrera todavía en tiempo de Probo y había sido durante largo tiempo compañero de armas del mismo Galerio. Por lo pronto se le encargó el gobierno de la Panonia y de las provincias alpinas; para Constantino y Maximino se creó un título nuevo, el de *hijo de los emperadores*; el viejo Maximiano tuvo que deponer otra vez la púrpura imperial y contentarse con el consulado del año siguiente. De Maxencio se prescindió completamente, reservando su castigo para más adelante.

Durante este tiempo habíase ido convenciendo Galerio, por cierto con gran disgusto suyo, de la imposibilidad de exterminar a los cristianos del imperio; y fuera por esto ó porque otros motivos políticos lo aconsejasen, el hecho es que decidió renunciar a la persecución, a cuyo efecto se entendió con sus colegas Licinio y Constantino, y en 30 de abril del año 311 publicó desde su capital Nicomedia un edicto de tolerancia. Este acto fue atribuido generalmente a los crueles dolores que le causaba una terrible enfermedad que padecía, y de la cual murió al mes siguiente; pero semejante explicación no está ya admitida por los críticos modernos. El edicto abunda en contradicciones, porque el emperador

no quiso confesar en él su impotencia, y dando tormento á las frases procuró conservar su actitud en el sentido de la política antigua romana; pero al fin acaba por reconocer la existencia legal de la religion cristiana, permitiendo á los cristianos el libre ejercicio de su culto y la reconstrucción de sus iglesias, con la condicion de obedecer las leyes del Estado: «Que supliquen en adelante á su Dios que conceda á los emperadores, al imperio y á los cristianos su bendicion, á fin de que el Estado se conserve y prospere en todos conceptos, y que los mismos suplicantes puedan vivir tranquilamente en sus pueblos y hogares.»

Otro edicto análogo publicó Maximino en sus Estados. Galerio, ocupado en la Panonia con el desmonte de inmensos bosques y el desagüe del lago de Platten en el Danubio, murió poco despues, en el mes de mayo de 311, en Sardica, á consecuencia de su terrible enfermedad. Con su muerte volvió á bambolearse la creacion de Diocleciano, y esta vez se desmoronó definitivamente. Maximino, considerándose sucesor legítimo de Galerio y temiendo los proyectos ambiciosos de Licinio, procuró atraerse la fidelidad de las provincias asiáticas con rebajas de impuestos; se dirigió á la cabeza de su ejército á marchas forzadas al mar de Mármara, y pasando á Europa ocupó la costa de Tracia, despues de haberse apoderado (en Nicomedia al parecer) de la viuda y de un hijo de otra mujer de Galerio. La guerra contra Licinio estaba, pues, declarada; pero los dos co-emperadores hicieron un arreglo; Maximino reconoció hasta cierto límite la supremacía de Licinio, pero se quedó con el gobierno de las provincias orientales, hasta las costas de Tracia y de la Grecia. En virtud de este arreglo estableció Maximino su residencia en Nicomedia, donde se convenció de que no tardaría en verse envuelto de nuevo en conflictos con Licinio.

Constantino, desde el convenio con Galerio y Licinio para la publicacion del edicto de tolerancia y legalizacion del culto cristiano, habia tomado parte tambien en la política general del imperio. Ya habia llamado mucho la atencion fuera de sus dominios, no solamente por sus luchas con su suegro el difunto ex-emperador Maximiano, sino tambien por sus victorias sobre los pueblos bárbaros vecinos de la Galia, así como por su acertado gobierno interior. Cuando en el verano del año 306 sucedió en el mando á su padre, se le ofreció ocasion para granjearse las simpatías de los pueblos sometidos á su gobierno con las victorias brillantes que alcanzó sobre las numerosas huestes francas que á la noticia de la muerte de Constancio Cloro habian invadido el territorio romano. Constantino arrojóse sobre ellas con formidable ímpetu, las dispersó y capturó á sus jefes principales Ascarico y Gaiso; y á fines del mismo año 306 ó á principios del siguiente rechazó tambien victoriosamente á otras tribus alamanas; pero manchó su victoria, mostrándose aun mas cruel que los antiguos romanos del tiempo de la república se habian mostrado, con los reyes y jefes enemigos que cayeron en sus manos. Constantino, en efecto, entregó á los jefes francos á las fieras en el circo para amenizar las fiestas con que celebró sus triunfos en Tréveris. Semejante crueldad no podia menos de enfurecer á los pueblos germánicos vecinos, los cuales continuaron sus embestidas hasta el año 310; pero esta vez estuvo la fortuna del lado de los romanos. En el año 307 al parecer pasó Constantino el Rhin, cerca de Colonia, y penetró en el interior del país de los brúcteros hasta que los derrotó completamente, dejando asolado el país y llevándose gran número de prisioneros, á los que hizo morir tambien en el circo de Tréveris, luchando con fieras en los espectáculos públicos. Para tener mejor á raya á los francos empezó en el año 308 la construcción de un puente permanente de piedra sobre el Rhin, cerca de Colonia, el

primero que este orgulloso rio habia tenido hasta entonces y cuyos restos ruinosos hizo derribar casi completamente en el siglo x el arzobispo Brun, hermano del emperador Oton I. En el año 1766 existian todavía algunas ruinas de esta obra, de la cual la cabeza fortificada era *Castra Divitencia*, la actual ciudad de Deutz. Con esto, con las demás fortificaciones, con la escuadra del Rhin y la exquisita vigilancia que observó consiguió que fuese respetada la frontera, y sus victorias sobre los bárbaros fueron celebradas periódicamente con las fiestas llamadas *francas*.

No se mostró Constantino menos celoso, atento é inteligente en la administracion civil; heroseó con nuevas construcciones á Tréveris, rebajó la contribucion territorial en una cuarta parte, y segun se deduce de lo que ocurrió en el distrito de Autun, condonó los atrasos de un quinenio.

Cuando hubo muerto Galerio, pasó algun tiempo durante el cual los cuatro regentes gobernantes se sondearon recíprocamente para saber cada uno á qué atenerse respecto de los otros tres y ajustar á ello su conducta. Maxencio, discípulo siempre, no intentaba por el momento mas que arrebatar algunas provincias del dominio de Licinio, que á la sazón era dueño de toda la península balcánica. Negóse á entrar en relaciones con Constantino, el cual en cambio se entendió con Licinio y le dió á su hermana en matrimonio. Entonces Maxencio aceptó el ofrecimiento de Maximino, que le habia propuesto una alianza secreta; y luego, con el pretexto de vengar á su padre, declaró la guerra á Constantino.

Maxencio era mirado entonces por sus súbditos, cristianos y paganos, como hombre perverso, disoluto, rapaz, cruel y partidario fanático de la magia con todas sus abominaciones y atrocidades sanguinarias; pero al propio tiempo era hombre de talento político, que sabia ganar la voluntad de la tropa con liberalidades y condescendencias en el servicio. A principios del año 312, cuando ya habia roto completamente con su colega Constantino, disponia Maxencio de un ejército, segun un dato acaso exagerado, de 170,000 infantes y 18,000 jinetes, número muy superior al de su contrincante. En cambio Constantino era inmensamente superior á Maxencio y á sus generales en talento y energía militar; y la prueba es que pudo pasar con 90,000 infantes y 9,000 jinetes, tropas inglesas, galas y germánicas, el Monte Cenis, con una rapidez y un empuje dignos de Julio César. Una vez en Italia arrojóse sobre las diferentes divisiones de Maxencio, las cuales pelearon por este indigno hijo de Maximiano con mas valor y fidelidad de las que habia merecido; pero las tropas de Constantino obtuvieron un triunfo tan brillante que recordaba los gloriosos hechos de los antiguos grandes capitanes de Roma.

La plaza de Susa fué tomada por asalto; despues Constantino derrotó las fuerzas enemigas reunidas cerca de Turin, á pesar de la caballería acorazada de Maxencio, á la cual opuso sus soldados previamente y á propósito armados de mazas guarnecidas de hierro. Turin y Milan abrieron sus puertas al vencedor; cerca de Brescia hubo un combate de caballería en que tambien quedó vencedor Constantino; pero Verona, donde mandaba Ruricio Pompeyano, el mejor general de Maxencio, y á donde habian llegado fuerzas frescas y considerables de la Italia central, detuvo la carrera victoriosa del héroe. Despues de una batalla nocturna, larga y sangrienta, en la cual sucumbió el bizarro Ruricio, las tropas de Constantino consiguieron rechazar á las fuerzas de Maxencio dentro de la plaza, que no se rindió sino mucho tiempo despues, cuando todo el país inclusa Aquileya estuvo en poder del enemigo. Tan grande fué el número de prisioneros de guerra que Constantino hizo en Verona, que para impedir su huida fué menester, á falta de manillas, forjarlas de las espadas de los prisioneros.

La caída de Verona tuvo por consecuencia la rendicion de la plaza de Módena, y Constantino, encontrando libre el paso por los Apeninos, pudo conducir su ejército delante de Roma para librar allí la última y decisiva batalla. Al principio pareció que Maxencio se iba á limitar á defenderse dentro de la ciudad, para lo cual habia hecho reforzar la muralla de Aureliano con nuevas obras, teniendo para mucho tiempo abundantes víveres, que habia mandado llevar de sus diversos dominios; pero contra todo lo que se esperaba, salió en los últimos dias de octubre con sus todavía numerosas fuerzas y tomó posiciones á nueve millas al Norte de Roma, cerca de Saxa Rubra, donde estaba el segundo relevo de las postas imperiales junto á la Via Flaminia, al parecer en el punto donde hoy están las casas de Prima Porta. Dicen los autores que Maxencio adoptó esta resolucion animado por un oráculo sibilino favorable, además de ser su ejército todavía muy superior en número al de su enemigo. Segun la opinion del estratégico mas célebre de estos tiempos, el general Moltke, cuya relacion seguimos aquí, la posicion que tomó Maxencio para la batalla no fué tan torpe ni tan desesperada como hasta aquí se ha dicho. Probablemente formó su línea de batalla en la loma despejada y llana entre Celsa y Valca, en cuya posicion tenia en frente un arroyo. Su ala derecha se apoyaba en la cuesta pedregosa que baja hácia el Tíber, y el flanco izquierdo estaba protegido por el valle profundo superior del Valca. El ejército enemigo debió de ocupar de esta manera un terreno situado en línea inferior y muy difícil para los movimientos de la caballería. Para la retirada tenia Maxencio á sus espaldas, distante unos ocho kilómetros, el antiguo puente Milvio, y mas arriba un puente de barcas construido expresamente para esta contingencia, todo sin perjuicio de poder marchar á la capital, distante cuatro horas, siguiendo la orilla derecha del Tíber.

El dia 27 de octubre del año 312 presentóse Constantino con sus fuerzas en frente de las densas é imponentes masas de Maxencio. La batalla, de la cual apenas se han conservado algunos pormenores, empezó con un combate de caballería en que obtuvo ventaja la de Constantino; pero la lucha principal fué árdua y de mucha duracion; las tropas italianas de Maxencio se mostraron flojas, pero las africanas y las isleñas combatieron con gran valor, y la guardia pretoriana se dejó acuchillar casi hasta el último hombre sin retroceder. La derrota de Maxencio sin embargo fué completa; la retirada degeneró en huida, y al querer pasar el Tíber se ahogaron muchos, entre ellos el mismo Maxencio, ó porque su caballo cayó con él al querer tomar tierra en la orilla opuesta, escarpada y arcillosa, ó porque al pasar el puente con las masas de fugitivos éste se hundió y todos cayeron al rio. Así acabó esta famosa batalla, que tan importante papel desempeña en la historia del cristianismo y que ha servido de motivo á no pocas obras de arte.

El cadáver de Maxencio fué encontrado al dia siguiente y su cabeza, clavada en una pica, fué llevada á Roma. Los habitantes y el Senado recibieron á Constantino con júbilo como libertador, porque el difunto era execrado de todo el mundo, no solamente en Roma sino en toda la Italia y en Africa. Hasta el último momento las provincias, y la misma capital, habian tenido que suministrar, además de los ya insostenibles impuestos, toda clase de recursos para esta campaña, y tal habia sido el gobierno de Maxencio, que en una reyerta entre sus soldados y los habitantes de Roma hubo un dia seis mil muertos.

Constantino, dueño de toda la mitad occidental del imperio, mostró ser tan prudente hombre de Estado como gran capitán y trató á los habitantes de la capital con benignidad

suma. Pocos fueron sus actos de rigor: la antigua guardia pretoriana fué abolida para siempre y su antigua ciudadela derribada; la familia de Maxencio y sus amigos mas íntimos fueron exterminados; pero Constantino se opuso á que los actos de venganza de los romanos pasaran mas allá, y se apresuró á rehabilitar á las víctimas de su predecesor y devolverles sus bienes confiscados. Como político inteligente, contentó al Senado con honores de puro aparato que á nada obligaban, pero que por aquella corporacion agradecida fueron pagados con manifestaciones de gratitud y con otros honores, que gustaban mucho á Constantino.

La victoria de este sobre Maxencio y la conquista de la mitad occidental del imperio fueron de inmensa importancia histórica, porque Constantino dió entonces los primeros pasos decisivos que prepararon la victoria ulterior y definitiva del cristianismo. Dejando para mas adelante el examen de la cuestion psicológica, tan discutida, de la parte que pudo tener en estas disposiciones la conviccion religiosa de Constantino favorable al cristianismo, nos limitaremos aquí á narrar los hechos políticos de este emperador, relacionados con la Iglesia. Al emprender la campaña contra Maxencio hizo trazar en los escudos de sus guerreros las letras XP enlazadas á manera de monograma, que significa el nombre de Cristo, y que muy probablemente usaban ya entonces los cristianos. Estos atribuyeron despues tal disposicion del jóven emperador á un ensueño que habia tenido, y aquel monograma fué desde entonces el símbolo mas usado de la Iglesia vencedora; mas cuando lo adoptó Constantino fué una medida política destinada á significar que él creia en el Dios de los cristianos, quizás con la esperanza supersticiosa de que este Dios desharia todos los artificios mágicos paganos, en los cuales pasaba Maxencio por maestro. De todos modos, aquella fué la primera vez que se invocó al Dios de los cristianos, si bien indirectamente, como Dios de las batallas. No obstante que Constantino habia publicado el año anterior el edicto de tolerancia, y á pesar de que estaba seguro de la fidelidad de sus tropas, la adopcion del monograma no dejaba de ser un acto de audacia, aunque no se sabe si llamó siquiera la atencion fuera de las filas del ejército. Mas atrevido emperador y realmente imponente fué el edicto de la completa libertad de cultos que publicó en union con Licinio en Milan á principios del año 313, despues de haber publicado otro edicto de tolerancia al entrar como vencedor en Roma.

El edicto de libertad abrió una nueva era al desarrollo interior del imperio, porque libre la religion cristiana como las demás, y abolidas todas las medidas represivas, cesaron los obstáculos que habian dificultado el ejercicio del culto y la conversion al cristianismo, el cual en vez de ser puramente religion tolerada pasó á ser religion reconocida legalmente con los mismos derechos que la antigua del Estado. Además el edicto ordenó que se devolvieran á los cristianos, ya por parte del fisco, ya por los particulares, todos sus lugares de reunion, y los bienes confiscados á la Iglesia ó á individuos cristianos, sin eximir de la devolucion á los particulares que los habian adquirido por donacion ó compra, los cuales para obtener indemnizacion debian recurrir á la generosidad del emperador.

Este edicto, que fué seguido de muchas otras mercedes á favor de la iglesia cristiana, no elevó el cristianismo á religion del Estado, como muchos han creído erróneamente; al contrario, resulta de su preámbulo que prescindió hasta de la idea de religion del Estado, concediendo derechos iguales á todas las religiones; pero con esta libertad completa dejó despejado el campo al cristianismo para sobreponerse á todas las demás. De todos modos era un paso atrevidísimo y uno de los dos que han dado á Constantino fama imperecedera